



Mons. Salvio Huix Miralpeix, Obispo de Lleida.

4

DIRECTOR DE LAS CONGREGACIONES MARIANAS

Su obsesión fueron siempre las almas de los jóvenes y de los hombres. Mientras el catolicismo sólo se surtiera de mujeres que llenaran las iglesias, sería algo ficticio. Y lo cierto es que los hombres en España, desde mediados del siglo pasado, se habían alejado casi por completo de las prácticas de piedad. Muchos, es verdad, cumplían con los preceptos de oír la Santa Misa, confesar y comulgar una vez al año; pero aun en el cumplimiento de esos preceptos su actitud era muy parecida a las de los vergonzantes que piden limosna. La comunión frecuente no era para ellos, y era difícil pedirles un valor heroico cuando se trataba de defender sus creencias. El *"qué diran"* era una plaga entre los hombres de nuestra Patria. Entre tanto la juventud se corrompía de una manera alarmante, y aun los hijos de buenas familias cristianas no aseguraban con su modo de proceder la continuidad de sus tradiciones. Se perdían, apenas llegados a la Universidad, los mejores estudiantes, incluso los que habían salido de Colegios Religiosos; y junto a todo eso empezaba el gran éxodo de las masas obreras.

Así pudo decir alguien que nuestra religión era cosa sólo de mujeres, ancianos y niños; ser católico y práctico no era de hombres. El Cardenal Primado Doctor Pla y Deniel, joven sacerdote de Barcelona, a la vuelta de un viaje de estudios por la Europa Central, se había visto obligado a dar, desde una revista sacerdotal, un ansioso grito de alerta: el catolicismo en Europa podía no presentar el aparato exterior esplendoroso del nuestro; pero en el fondo se advierte en él una mayor solidez de doctrina, de fe y de vitalidad. Mientras aquí no se rectificara, cualquier vendaval que soplara en contrario podía echar a perder todo el edificio, que muchos reputaban indestructible. La historia ha cuidado de darle la razón.

El P. Huix, además de sentir en el alma ese desolador espectáculo, que se daba incluso en la misma ciudad de Vic, comprendía, como hombre práctico, que, en definitiva, la fuerza decisiva en las cosas que atañen al régimen y a la vida de los pueblos, la tienen los hombres. Si él consiguiera para Vic un grupo de jóvenes y padres de familia bien impuestos en la fe, de una inteligencia ilustrada y de un corazón abrasado en amor de Cristo, y que fueran esos los mejores ciudadanos aseguraba para la ciudad un futuro cierto de paz y de tranquilidad. Así su labor de Director desde el confesionario y desde su celda no pudo pasar en manera alguna

desapercibida, y a los diez años de su ingreso en el Oratorio se le confió el cargo de Director de la Congregación Mariana de jóvenes de la ciudad. Cuán acertada fuera la medida, pronto lo reconocerían todos. Su primer paso fue trasladarla de la iglesia donde hasta entonces estuviera a la suya de San Felipe Neri, y no por un prurito de favorecer así el culto de la misma, sino como se verá después; para, inyectarle una mayor vitalidad. Y como quiera que toda obra de jóvenes necesita el calor y el apoyo de los hombres maduros y quien cuenta con los padres, cuenta seguramente con los hijos, junto a la Congregación de jóvenes, fundó inmediatamente la de la Purificación y San José, constituida en su mayor parte por padres de familia. Desde aquel momento, todo el movimiento católico masculino de la ciudad de Vic estuvo en sus manos.

Nótese que no estaba todavía fundada la Acción Católica propiamente dicha; pero quien estudie, aunque sólo someramente, la labor del P. Huix en las Congregaciones Marianas, comprenderá enseguida la facilidad que tuvo en adaptarse a la moderna organización de los seglares y el porqué del gran impulso que dio a la A. C. en las Diócesis que regentó. Y es que la concepción que él tenía de toda la organización católica de jóvenes y de hombres se identifica por completo con la que ha presidido la fundación y organización de A. C. en el mundo entero.

Sentía intensamente el concepto de jerarquía eclesiástica. Formado en el seminario; entrenado en la vida parroquial; profesor, como veremos, de aquel Centro; Director espiritual de gran número de seminaristas y sacerdotes, colocaba por encima de todas las actividades espirituales de una Diócesis la persona del Obispo. Apreciado hondamente, a pesar de su juventud, por el Obispo Torras y Bages, fue luego hombre de confianza de su sucesor Dr. Muñoz Izquierdo. Forjador de apóstoles seglares, no los formó para sí, ni para su iglesia de San Felipe Neri, sino para la Iglesia de Cristo, a la cual los fieles se incorporan por medio de la parroquia. Tenía cada domingo su Misa de los congregantes; pero, nótese bien, no era Misa de Comunión: todos ellos habían ido ya a comulgar a otra iglesia, la que más les pluguiera, seguramente en su parroquia. Aquella Misa, llamada por el Reverendo Ardeig como un *ressopó*, o segunda cena espiritual, tenía lugar ya muy entrada la mañana de los domingos. Una vez rezadas las primeras oraciones, se salmodiaba el oficio de la Virgen y, terminado todo, el P. Huix, sentado ante una mesita en el Presbiterio, daba a sus congregantes consignas, advertencias, sugerencias etc., y en seguida empezaba la homilía, aquella homilía que se hizo famosa en Vic y que muchos que no eran congregantes iban a escuchar ávidamente. En ella se comentaba tan sólo el Evangelio del domingo; pero siempre de un modo tan personal, que parecía que todo él había sido predicado para los jóvenes. Conmovía, según explican sus oyentes, ver cómo los jóvenes le escuchaban y se dejaban penetrar por sus consejos de padre y sus lecciones de maestro, dichos con la sonrisa en los labios, el fuego en sus ojos, con el bonete echado algo para atrás. Cuando terminaba la homilía se cantaba el himno delicado y robusto de la Salve. Por la tarde se hacía lo mismo con los hombres. El P. Huix, si no fue por causas verdaderamente gravísimas, jamás dejó esos actos.

En muchos otros aspectos se reveló también el P. Huix como un perfecto Director de jóvenes. A ellos no les basta en modo alguno la labor de conjunto; les es absolutamente necesaria, y la piden con ansia, la acción inmediata y directa sobre cada uno. No es que el Director de una Congregación, ni de cualquier obra de juventud, deba erigirse en exclusivo director de las conciencias de los asociados, pues nada hay tan delicado como la conciencia, ni existe campo donde se precise tanto la libertad más absoluta, pero sí se debe tener con ellos un trato directo e inmediato. Tiene el joven muchas facetas y problemas que quizá no tengan mucho que ver con su conciencia propiamente dicha, aunque en definitiva conduzcan casi

siempre a su mejor formación. Es, por ejemplo, su vida familiar, amistades, diversiones, lugar de trabajo, estudio etc.; es el cuidado sobre su salud, el conocimiento de las condiciones de su inteligencia, de voluntad y corazón; es el consejo sobre la profesión a escoger, su alegría y su tristeza, sus aptitudes personales para ciertos cargos u ocupaciones. En todos estos aspectos de la vida del joven, puede y debe entrar quien se precie de ser director de la obra a la cual pertenecen, aunque no sea su director espiritual. A todos ha de conocer, animar, estimular, perdonar, reprender y castigar; y para hacerlo eficazmente los debe tratar de un modo directo y personal. Para esto no debe esperar a que ellos vayan, sino que debe adelantarse y buscarlos. Si lo hace con la suficiente discreción les inspirará confianza, incluso para confesar los pecados cuando adivine sus caídas, y lo harán con tanta alegría como posterior agradecimiento. Esto es lo que hacía el P. Huix; los conocía a todos a fondo, porque los vigilaba y los buscaba. Se lo encontraban cuando menos lo pensaban, en plena calle, sobre todo a las horas de la salida de su trabajo. No era raro, como lo cuentan ellos mismos, que si él tenía algo que decirles, también ellos lo necesitaban precisamente en aquellos momentos. Cundió la creencia de que el P. Huix conocía sus secretos y se llegaron a considerar como milagrosos muchos de estos encuentros. ¡Cuántos de ellos deben a estos encuentros acaso la salvación eterna de su alma, ciertamente al menos la rectificación oportuna de un principio de camino que les hubiera conducido al precipicio! De la charla en plena calle resultaba a veces el hallazgo de una colocación, que era para el joven la solución de un problema económico o familiar acuciante.

Acertó a infundir en sus Congregantes el sentido de responsabilidad y para ello inventó, cuando no los tenía, cargos y más cargos dentro de las Secciones de la Congregación; la cuestión era tener ocupados al mayor número de jóvenes. Así nació insensiblemente en la Congregación una especie de escalafón entre los Cargos de los Grupos y Secciones, por los cuales se ascendía a los Directivos, como un premio por todos considerado como un honor. Entre esas secciones que fundó, descollaron de una manera especial y alcanzaron una altura insospechable las de Beneficencia y Propaganda. Bien es verdad que la labor de beneficencia la tienen como cosa propia las Conferencias de San Vicente de Paúl; pero, sea por lo que sea, hasta hace muy poco tiempo, sus puertas estaban cerradas para la juventud. Era, y aún lo es en muchos sitios, tradicional y característico que no podían entrar en las Conferencias más que los casados o los que contaban ya bastantes años de edad. Y, sin embargo, formar a los jóvenes en el espíritu de limosna y de contacto directo con los pobres y desgraciados, es sentar un principio sólido de verdadera piedad cristiana. Mientras todo le sonrío en la vida, bueno es que el joven conozca la miseria, la pobreza, la enfermedad, la tristeza, y las lágrimas que tanto abundan en este mundo. Cuando llegue la hora de la diversión y de la alegría y con ello la tentación de disipar los bienes que tiene, tentación de la que muy pocos jóvenes se libran, muy saludable les será saber que, en aquel preciso momento, hay personas que no disponen de nada de cuanto él está a punto de gastar inútilmente. Y es conveniente que en plena juventud el hombre llore y alargue su mano para ayudar al desvalido. No solamente se debe aprender desde un principio a rezar y a sacrificarse, sino que es necesario acostumbrarse a pronunciar palabras de consuelo y afecto hacia el necesitado. La hermandad entre todos los hombres debe ser conocida precisamente en la época de la vida en que se cree no necesitar a nadie. El ejercicio de la beneficencia ha sido siempre escuela de santidad. Un centro de jóvenes que ejerciten prácticamente la caridad puede ya casi asegurarse que será un buen plantel de vocaciones hacia la santidad y de unos hogares realmente cristianos.

Luego viene la Sección de Propaganda. La fe entra por el oído y no se oye si no se habla. Los sacerdotes a veces no pueden, a veces no saben hablar a los seglares; y, si en lugar de un

sacerdote, son ellos quienes enseñan nuestras verdades, es muy posible que convenzan y persuadan mejor a ciertas inteligencias. Por otra parte, quien ha sido propagandista difícilmente vuelve atrás. La Sección de propagandistas de la Congregación Mariana de Vic en tiempos del P. Huix rayó a una altura inigualable de la que se aprovechó la ciudad, la comarca toda; aquellos jóvenes eran llamados incluso desde otras Congregaciones de la región catalana, debido a su fama de muchachos que a todas partes llevaban el aliento de una fe que de ninguna manera debía recluirse en las paredes de los templos, dando prácticamente un mentís rotundo a quienes divulgaban la especie de que la religión no era para los hombres. Fruto de esta Sección de Propaganda fueron un conjunto de hombres que, al llegar los momentos difíciles para el catolicismo en nuestra Patria, se lanzaron a la lucha, no tan sólo para conservar en lo posible lo que amenazaba ser barrido, sino que, valiéndose de sus fuerzas y su espíritu, echaron los cimientos de muchas obras que durante la República alcanzaron gran esplendor. El nombre del P. Huix siempre irá unido en Vic al grupo de aquellos jóvenes propagandistas que de él supieron aprender prácticamente todas las virtudes, incluso la de dar la vida por los ideales que defendieron públicamente con su palabra.

Aparte de esto, las secciones y la vida de la Congregación Mariana, eran, si no igual, sí muy parecidas a las demás Congregaciones que conocemos, no faltando en ella su sección de esparcimiento, teatro, deportes, excursiones, etc., etc. Los uniformes de deportes de los jóvenes congregantes de Vic ostentaban siempre el escudo de la Congregación y si triunfaban, como ocurría muchas veces por el valor literario, cultural o atlético de sus muchachos, su triunfo era doble, por el magnífico ejemplo que por todas partes daban de cómo la alegría y la expansión juvenil en nada se oponen a la más sólida piedad.

Indudablemente la época de esplendor de las Congregaciones Marianas de Vic fue aquella en que tuvieron como Director al P. Huix. Alguien ha dicho que dejó su dirección en el momento crítico preciso, cuando una serie de problemas, a cual más espinoso, adquirirían, al ser nombrado Obispo, una violencia extraordinaria. Pero yo creo, por el contrario, que él era precisamente el hombre de las grandes circunstancias y que así como ya había demostrado certera visión, prudencia exquisita y mano fuerte en resolver algunos que se habían manifestado anteriormente y que eran capaces de dar al traste con la Congregación, también entonces habría solucionado todos cuantos se le pudieran presentar. Al fin y al cabo no hay que olvidar que, si dejó la Congregación Mariana, no fue para retirarse al descanso, sino para asumir el más difícil cargo de Obispo, para el cual se necesitaba poseer en mucho mayor grado todas aquellas cualidades en las que sobresalió como Director. Así, cuando esas Congregaciones hubieron alcanzado la meta en punto a organización y vitalidad, el P. Huix pudo emprender y llevar a cabo con un éxito extraordinario la primera y magna asamblea de Congregaciones Marianas en toda la región catalana, el primero de mayo de 1921.

Fue éste un éxito personal suyo y de sus congregantes. En esta Asamblea se dio por primera vez el hecho de haber conseguido la formación de un tren especial, que desde Barcelona llevó a Vic gran número de Congregantes. La nueva de esta concesión cayó como una bomba entre ellos, estallando en demostraciones ruidosas, como de jóvenes, llenos de alegría y santo orgullo. Estuvieron representadas en ella todas Congregaciones Marianas de Cataluña; millares de jóvenes con medalla y estandarte concurrieron a la misma; los actos de la Asamblea tuvieron un éxito sin precedentes, y las conclusiones, todas ellas

aceptadas en medio de un entusiasmo desbordante, habían sido redactadas por el P. Huix, asistido de los mejores de sus Congregantes.

Fruto especial fue la institución de la Federación Comarcal de Congregaciones Marianas con la celebración de una Asamblea Comarcal en Manlleu, una romería a San Juan de las Abadesas y otras celebraciones, festividades y actos, en los cuales figuraban siempre en cabeza, como organizadores entusiastas y eficaces, los jóvenes propagandistas de la Congregación Mariana de Vic.

Finalmente, y al llegar ya a los umbrales de la despedida, 8 de septiembre 1923, organizó el P. Huix con sus congregantes marianos la solemnísima y edificante coronación de la Virgen de la Gleva, Señora y Reina de la plana de Vic. Duraron las fiestas una semana entera; desfilaron ante Ella miles y miles de personas presididas por todas las Autoridades de Cataluña; se clausuró con un solemnísimo Pontifical y rindieron homenaje a la Virgen el Clero secular, los Religiosos, el pueblo, niños y niñas de Catecismo, socios del Apostolado de la Oración y de una manera especial las juventudes.

En el archivo del Santuario, al final de la reseña constan estas palabras: *«Como prenda de agradecimiento al que puede llamarse alma de las fiestas, se ha de hacer constar el nombre del Rvdo. P. Salvio Huix, Prepósito de la Congregación de San Felipe Neri de Vic y Director de las Congregaciones Marianas, cuyo nombre, debido a la gran humildad de este gran sacerdote, no figura en ninguno de los impresos referentes a la fiesta de la Coronación. Es que este sencillo padre del Oratorio, como corrector de todos los trabajos que se llevaban a la imprenta, siempre que leía algunas palabras en su alabanza las borraba y no permitía que salieran en público. Es de razón, pues, que quede archivado en el Santuario el nombre de este sacerdote celosísimo, enamorado de la Virgen de la Gleva, el cual, puede asegurarse sin riesgo de ofender a ninguno de los que con tan buena voluntad intervinieron en las fiestas de la Coronación, llevó el peso de unas fiestas tan grandes y solemnes»*. Se cuenta que en el momento final y cumbre de las mismas, a alguno de los que más entusiasmados estaban, se le ocurrió solicitar un aplauso para el P. Huix, el cual no aparecía por ninguna parte y, habiéndolo buscado, lo encontraron en un rincón de la sacristía del templo de la Virgen dando gracias a Dios por lo bien que habían resultado las fiestas de la Coronación.

No queremos terminar este capítulo, que resume quizás el más interesante de la vida del P. Huix, sin recordar que, si fue Director de Congregantes, fue al mismo tiempo excelente formador de Directores. El supo infundir a todos cuantos tuvieron la dicha de trabajar con él el mismo sentido de alegría en el trabajo, de conocimiento del espíritu juvenil, de organizador perfecto y de incansable trabajador.

Cuando Monseñor Tedeschini, entonces Nuncio de Su Santidad en nuestra Patria, quiso tributar un elogio al nuevo Obispo, otra cosa no pudo decir de él sino que sería llamado *el Obispo Marianísimo*, y, en efecto, mariano fue su nacimiento bajo la sombra de la Virgen del Carmen de su casa solariega; a María lo consagró su santa madre a los pocos días de haber nacido; a forjar corazones enamorados de la Virgen dedicó toda su vida; ya Obispo de Ibiza, fundó, con objeto de restaurar las antiguas tradiciones Marianas de aquella Isla, la hermandad de Nuestra Señora de las Nieves, su patrona; en Lleida, ciudad Mariana por excelencia, se prestaba a dar todo su apoyo y calor a la benemérita Academia Mariana de aquella ciudad, y finalmente el día solemne de la virgen, 5 de agosto de 1936, festividad de Nuestra Señora de las Nieves, halló la muerte del martirio

en el cementerio de la misma ciudad. Todo su amor Mariano lo condensó en su escudo, plantando en él el símbolo de la Virgen bajo la hermosa y quieta figura de un ciprés que se levantaba recto y muy alto hacia las alturas.

